

CRÓNICA COLOR DE MUERTOS.

I

LA ENFERMITA.

Calle abajo, calle abajo, por uno de esos barrios que los carruajes atraviesan rumbo á Peralvillo, hay una casa pobre, sin cortinas de sol en los balcones, ni visillos de encaje en las vidrieras, deslavazada y carcomida por las aguas llovedizas que despintaron sus paredes blancas, torcieron con su peso las canales, y hasta llenaron de hongos y de moho la cornisa granujienta de las ventanas. Yo, que transito poco ó nada por aquellos barrios, fijaba la mirada con curiosidad en cada uno de sus accidentes y detalles. El carruaje en que iba, caminaba poco á poco, y conforme avanzábamos, me iba entristeciendo gravemente. Siempre que salgo rumbo á Peralvillo, me parece que voy á que me entierren. Distraído, fije los ojos en el balcón de la casita que he pintado. Una palma bendita se cruzaba entre los barrotes del barandal, y haciendo oficios de cortina, trepaba por el muro y se retorció en la varilla de hierro una modesta enredadera, cuajada de hojas verdes y de azules campanillas. Abajo, en un tiesto de porcelana, erguía la cabecita verde, redonda y bien peinada, el albahaca. Todo aquello respiraba pobreza, pero pobreza limpia: todo parecía arreglado primorosamente por manos sin guante, pero lavadas con jabón de almendra. Yo tendí la mirada al interior, y cerca del balcón, sentada en una gran silla de ruedas, entre dos almohadones blancos, puestos los breves piés en un pequeño taburete, estaba una mujer, casi una niña, flaca, pálida, de cutis transparente como las hojas delgadas de la porcelana china, de ojos negros, profundamente negros, circuidos por las tristes violetas del insomnio. Bastaba verla para comprenderlo: estaba tísica. Sus manos parecían de cera; respiraba con pena, trabajosamente, recargando su cabeza, que ya no tenía fuerza para erguirse, en la almohada que le servía de respaldo, y viendo con sus ojos agrandados por la fiebre

esa vistosa muchedumbre que caminaba en son de fiesta á las carreras, agitando la sombrilla de raso ó el abanico de marfil ó la caña de las indias ó el cerezo.

Los carruajes pasaban con el ruido armonioso de los muelles nuevos; el landó, abriendo su góndola forrada de azul raso, descubría la seda resplandeciente de los trajes y la blancura de las epidérmis; el faeton iba saltando como un venado fugitivo, y el mailcoach, coronado de sombreros blancos y sombrillas rojas, con las damas coquetamente escalonadas en el pescante y en el techo, corría pesadamente, como un viejo soltero enamorado tras la griseta de ojos picarescos. Y parecía que de las piedras salían voces, que un vago estrépito de fiesta se formaba en los aires, confundiendo las carcajadas argentinas de los jóvenes, el rodar de los coches en el empedrado, el chasquido del látigo que se retuerce como una víbora en los aires, el son confuso de las palabras y el trote de los caballos fatigados. Esto es: vida que pasa, se arremolina, bulle, hierve; bocas que sonríen, ojos que besan con la mirada, plumas, sedas, encajes blancos y pestañas negras; el rumor de la fiesta desgranando su collar de sonoras perlas, en los verdosos vidrios de esa humilde casa donde se iba extinguiendo una existencia joven é íbanse apagando dos pupilas negras, como se extingue una bujía lamiendo con su llama el arandela, y como se desvanecen y apagan los blancos y fríos luceros de la madrugada.

El sol parece enrojecer la seda de las sombrillas y la sangre de las venas: quizá ya no le veas mañana, pobre niña! Toda esa muchedumbre canta, ríe: tú ya no tienes fuerzas para llorar, y ves ese mudable panorama, como veía las curvas y los arabescos de la danza el alma que penase en los calados de una cerradura. Ya te vas alejando de la vida, como una blanca neblina que el sol de la mañana no calienta. Otras ostentarán su belleza en los almohadones del carruaje, en las tribunas del *turf* y en los palcos del teatro; á tí te vestirán de blanco, pondrán la amarilla palma entre tus manos, y la llama oscilante de los cirios amarillos perderá sus reflejos en los rígidos pliegues de tu traje y en los blancos azahares, adorno de tu negra cabellera.

Tú te ases á la vida, como agarra el pequeñito enfermo los barrotes de su cama para que no le arrojen á la tina llena de agua fría. Tú, pobre niña, casi no has vivido. ¿Qué sabes de las fiestas en que choca el cristal de las delgadas copas y se murmuran las palabras amorosas? Tú has vivido sola y pobre, como la flor roja que crece en la granosa hoquedad de un muro viejo ó en el cañón de una canal torcida. No envidias, sin embargo, á los que pasan. Ya no tienes fuerza ni para desear!

II

LA INSOLENTÉ.

El landó en que Cecilia se encaminaba á las carreras, era un landó en forma de góndola, con barniz azul oscuro y forro blanco. Los grandes casquillos de las riendas brillaban como si fuesen de oro, y los rasos, nuevos y lustrosos, giraban deslumbrando las miradas con espejeos de barniz nuevo. Daba grima pensar que aquellas ruedas iban rozando los guijarros angulosos, las duras piedras y la arena lodosa de las avenidas. Cecilia se reclinaba en los mullidos almohadones, con el regodeo y deleite de una mujer que antes de sentir el contacto de la seda, sintió los araños de la jerga. Iba contenta: se conocía que acababa de comer trufas. Si una chuparrosa hubiera cometido la torpeza de confundir sus labios con las ramas de un mirto, habría sorbido en esa ánfora escarlata la última gota de champagne.

Cecilia entornaba los párpados para no sentir la cruda reverberación del sol. La sombrilla roja arrojaba sobre su cara picaresca y su vestido lila, un reflejo de incendio. El anca de los caballos, herida por la luz, parecía de bronce florentino. Los curiosos al verla, preguntaban ¿quién será? Y un amigo filósofo, haciendo memoria de cierta frase gráfica, decía:

—Una duquesa ó una prostituta.

III

LAS NUBES Y BEJARANO.

Las nubes, como una gran legión de monstruos negros, escalaban el cielo. Los pálidos luceros, que empezaban apenas á brillar, se estremecían de miedo ante el avance mudo de la sombra. Pronto la espesa y lenta marea oscura, cubriría con su manto de betún esas lucientes arenitas de oro. Abajo, en las angostas calles alumbradas por la hiperbórea luz eléctrica, bullía la muchedumbre y pasaban á escape los carruajes. Los artesanos esperando una paga extraordinaria, se alineaban frente á la casa de Chauveau. Un venerable anciano de cabellos blancos acechaba á las modistas espianando por el aparador de Mme. Dronot.

¡Cómo se afanan las pobrecitas costureras, encorvando sus cuerpos sobre la mesa llena de ricas telas y de plumas! Mañana es fiesta; aguardan las señoras en el silencio de su tocador, y aun no terminan la tarea. La aguja penetra, como el puñal de un duende, en la seda y el raso. La paja florentina de los sombreros va cubriéndose de plumas y de encajes. El manequí, parado en medio del taller, aguarda inmóvil.

Las nubes, como una gran manada de hipopótamos, avanzan lentamente en el espacio. ¿Lloverá? Bejarano pensativo clava los ojos en el firmamento oscuro.

IV

EL SALON.

Los gomosos han notado que la luz eléctrica pone más de relieve las partes calvas y las superficies desteñidas de una levita. Las mujeres sospechan que los átomos de polvo de arroz ó crema oriza aumentan de volumen cuando el rayo, desprendido de los grandes focos, viene á herirles. Toda mujer pintada debe abstenerse cuerdatamente de pasar por las calles que ilumina el foco eléctrico. A esa luz byroniana los poros del cutis se hacen más visibles y los unguentos de Coudray dan á los rostros cierto parecido con los de las bailarinas que aparecen en "Roberto el Diablo." Los trajes, en cambio, lucen mejor. Una falda azul parece la ola de un río alemán iluminado por la luna. La seda adquiere tintes y espejeos maravillosos. Los encajes parecen alas de libélula, y las plumas de ganso plumas de faisán.

Cuando los jóvenes del día tengamos nietos—el caso es muy remoto—les referiremos en las veladas de invierno, cómo fué un tiempo en que las ciudades se iluminaban con el gas. Ellos nos oirán como oíamos nosotros á nuestros abuelos cuando nos contaban cómo era el alumbrado de la ciudad en la época de los virreyes. A la luz de los grandes focos eléctricos, la ciudad se anima, el gas amarillea bajo el cristal, y las sombras de los transeuntes se prolongan como el cuerpo elástico de esos gigantes que sirven de solaz á los chicuelos en toda comedia de espectáculo. En medio de esa luz popular, se dirige la turba de paseantes al salón. Allí el espectáculo cambia. También esparce en él la luz eléctrica sus rayos ultra-violetas; pero la animación, el ruido, el movimiento, son mayores. Los hombres giran como los caballos de un hipódromo, y las señoras, sen-

tadas en los asientos de bejuco, miran pasar aquella monótona caravana. Entre esta masa humana hay algunas parejas que se aíslan: son las que han empezado el duo de amor.

Para éstas, la ola viviente que se encrespa más y más, no importa nada; la música está muda y la luz ciega: ¿en donde hay armonía que valga tanto como la voz de una mujer querida, ni luz que iguale el resplandor de una mirada?

Los papás refunfuñan entre dos bostezos. Las que buscan novio se adornan con los trajes más vistosos y *boyantes*, empenachan su cabeza con los adornos más extravagantes, y se colocan como en mostrador, bajo algún foco eléctrico. Los hombres pasan indiferentes. Los gomosos entablan sus instructivas conferencias sobre el modo mejor de culotear las boquillas. Los abogados hablan de sus pleitos, y Bejarano anota en su libro de caja la armonía de los pesos descendiendo en cascada sobre el cofre fuerte.

V

EL HOMBRE DE NOVIEMBRE.

Bejarano, en estos días, ha sido uno de los temas de la conversación general, como los mil y un sombreros y los trajes de oro. Es uno de los platillos del día. Algunos hincan en él sus dientes ó le encajan el tenedor. Como Thiers era el hombre de Septiembre, Bejarano es el hombre de Noviembre. Los escribientes de juzgado, tinterillos y ayudantes de notario, se creen heridos en su dignidad cada vez que se permite al hábil empresario que establezca sus salones de concierto. Los que estudiaron con él primer curso de matemáticas, creyéndose, modestamente, superiores al joven ex-regidor, protestan enérgicamente contra el favoritismo de que goza. Todos los que no tienen un peso en el bolsillo para entrar en el salón, increpan á Bejarano, como increpaba Camoens á Portugal; *¡Ingrato salón, no poseerás mi grasa!* En esta gran conjuración de levitas grasosas y chisteras calvas, se jura el exterminio de Bejarano. ¡Caigan los tiranos! Se bendicen los puñales y se mandan amolar por el amolador de la esquina. ¡Abajo el monopolio!

Bejarano se cura poco de estas grandes indignaciones. Dispone con elegancia y gusto el salón, abre sus puertas, y las mujeres elegantes, las que quieren serlo y las que no lo son, inundan sus pintorescas avenidas.

Lo que debe causar cierta extrañeza á los amables extranjeros

que visitan el paseo, es el silencio casi absoluto que guardamos todos. No se forman grupos ni se entablan conversaciones mas que en el círculo diplomático. Los hombres pasan ante la triple hilera de asientos ocupados por mujeres bonitas y mujeres feas, como pasa un pachá por el bazar de Trebizonda. Las mujeres ven desfilar á los hombres con la mirada inflexible y fría del mayordomo que cuenta las ovejas del rebaño.

Los alemanes toman cerveza en la cantina. Las botellas forman murallas, torres y castillos en las mesas. Los alemanes comienzan á embriagarse en la centésima botella, esto es, á los cincuenta pesos. Los gomosos se embriagan con un vaso de agua tibia. Los poetas enamorados, que creen muchísimas estupideces, miran pasar á las damas recordando con envidia á aquel *Don Juan* de Campoamor,

De quien cuentan que un día,
Para aliviar sus penas,
Mandó hacer de las rubias que quería
Un gran manto de rizos que tendía
Sobre un colchón de bucles de morenas.

VI

LOS MUERTOS.

En Noviembre — dice Emilio Zolá — deben visitarse los cementerios. Es el mes de las tristezas. Sin embargo, ¡qué poética tristeza la que causa en el alma un cementerio! Los rosales extienden sus largas flores de blancura láctea y rojo oscuro. Sus raíces se afianzan en las paredes de los ataúdes, y toman allí, para darla á las flores, la palidez de los pechos virginales, la roja sangre de los pechos heridos. Una rosa blanca es la eflorescencia de una virgen muerta á los quince años. Una rosa encarnada es la última gota de la sangre de un soldado muerto en la pelea.

¡Oh flores de los cementerios! ¡flores vivas! ¡vosotras guardais algo de los seres muertos!

En los pueblos, los ciruelos y los duraznos crecen donairosamente por detrás de la parroquia, como formando la guardia de honor del camposanto. El ama del cura, con su cesta en la mano, va á recoger ciruelas y duraznos para la comida. El viejo sacerdote llama á aquellas frutas el "traje de terciopelo del buen Dios."

Yo conozco uno de esos cementerios de aldea, cercados de altos

árboles frutales. El cura se desayuna sentado en la piedra de un sepulcro y arrojando migas de pan á las inquietasavecillas. ¡Una pequeña orgía sobre los huesos de los muertos! El cementerio está de fiesta. La yerba crece enhiesta y dura; las fresas, encarnadas como los labios de mi novia, extiende en aquel rincón su mantel rojo; el viento que viene desde la llanura huele á trigo y á maíz recién cortados. A medio día, zumban las abejas, como prendidas en un rayo de sol; los gusanos trepadores se encaraman por la corteza de los árboles; las hormigas salen correteando de sus agujeros para beber luz y calor á campo raso. Los muertos deben tener calor. Aquello entonces, no es un cementerio; es una porción de la vida universal, en donde las almas de los muertos transmigran á los verdosos troncos de los árboles; es el prolongado beso de lo que fué ayer y lo que será mañana. Las flores son la sonrisa de los niños. Los frutos son los pensamientos de los hombres.

A nadie estaba prohibida la entrada al camposanto. Los duraznos pertenecían al señor cura; pero las flores eran de todos. Los niños iban allí todas las mañanas á formar ramilletes. A veces, á hurtadillas del sacristán, solían subir por el tronco del durazno y llenar las bolsas con sus frutas.

En otras ocasiones, la yerba crecía tanto que ocultaba las groseras cruces de madera negra. Entonces el asno en que el señor cura cabalgaba, cuando iba á decir misa en los pueblos comarcanos, era el que entraba á pastar en el silencioso cementerio. Los feligreses acusaban al asno de que mordía el alma de los muertos.

Marta, la nieta del alcalde, había plantado un rosal sobre la tumba de su novio. Marta iba al camposanto todos los sábados al anochecer y cortaba una rosa del rosal, para prenderla en su corpiño. Durante todo el domingo, Marta aspiraba el perfume de su amor perdido. Cuando bajaba los ojos para verse el pecho, se imaginaba mirar el alma de su prometido que le sonreía.

Ah! yo paseo con delicia por el camposanto, cuando el cielo está azul y las flores se abren en la tierra! Entonces, desnuda la cabeza recorro las calles olvidado de mis penas, como quien anda por una ciudad santa en donde todo es amor y perdón. Bajo la azul limpidez del horizonte, el cementerio extiende sus hileras de sepulcros blancos. Grandes masas de follaje dejan apenas ver las cruces de mármol de los mausoleos. La primavera es propicia para los desiertos campos en donde reposan nuestros bien amados. Parece como que extiende una alfombra de césped á los pies de las jóvenes viudas que van á visitar en su último hogar al esposo de su alma. La luz de

Abril blanquea los mármoles. De lejos el cementerio parece un inmenso ramillete de verdura, sembrado á trechos de enormes rosas blancas. Las tumbas son como las flores marmóreas de la yerba y del follaje.

Camino lentamente por las sombrías avenidas en medio de silencio profundísimo, respirando el acre y penetrante olor de los sembrados. Las ráfagas de aire que menean las hojas de los sauces y tocan mis mejillas, son el aliento perfumado de una mujer invisible. Todo un pueblo duerme silencioso á los pies del distraído transeunte. De los arbustos, de las aguas, de las hendeduras de las tumbas se escapa una respiración regular y acompasada, como la de un niño que, tendido indolentemente sobre el césped, duerme con quietud al medio día.

Largo tiempo pasé en muda contemplación. Abajo, hervía la ciudad. Allí solo se oía el grito de un pájaro, el zumbido de algún insecto, el súbito chasquido de una rama. Después, el profundo silencio, esa noche de los sonidos. Entonces me parecía percibir más claramente el aliento pesado de las tumbas. Solo algún vecino distraído, algún honrado hortera atravesaba en pantuflos y con las manos por detrás, las quietas avenidas.

Noviembre, Noviembre, mes de las hojas marchitas y de las ráfagas heladas, tú eres el mes de las tristezas, el mes de los muertos.

LA FIESTA DE LA VIRGEN.

(EN LOS CAMPOS.)

Todavía me parece estar mirando aquella casa de paredes blancas y de enormes patios que dió hospedaje á mis ensueños y á mis amarguras. Todavía me parece estar mirando la fuente rodeada de naranjos, el viejo asiento de piedra en que descansábamos al anochechar, mientras entraban los ganados al establo y se encendían los astros en el cielo; y el frondoso fresno que sombreaba la puerta de la casa, como un gigante guardia-palatino.

Yo recobraba allí mis fuerzas extinguidas en esa lucha diaria con las ideas y las pasiones. Me escondía en aquella bendita heredad, lejos de esta enorme caldera humana en donde bullimos con la hinchazón de las burbujas, y aquietaba mi ánimo. De los campos en donde el buey araba y el ancho zurco abríase, subía hasta mí ese olor sano de la Naturaleza que vigoriza y fortifica el cuerpo. De las personas en cuya intimidad vivía, brotaba ese perfume delicioso de las almas buenas, que da calor y vida á nuestro espíritu. Recogido en aquella calma augusta de los campos, yo decía á la Naturaleza como Lacordaire al Creador:

—¡Oh madre, eterna madre, yo voy á vos..... abridme!

El invierno entumecía las aves en sus nidos y transformaba en cristales duros el agua helada de las fuentes. Los pobres labradores tiritaban, y el cielo resplandecía con todas sus hermosas claridades, como una plancha de acero azul bruñido. Los carros atravesaban la calzada rechinando. Mis oídos se abrían á todos esos ruidos sordos de los campos, á esos vagos ruidos del viento que brama entre los viejos encinares y besa murmurando el tallo de las rosas, como Hércules á los piés de Onfalia. Oía el balido de la oveja y el piafar del potro, la voz del buey que muge y la campana de la ermita, dando, al obscurecer, las oraciones.

También la madre Naturaleza reconstruía sus fuerzas como yo.

Los granos caían en el surco y las ideas arraigaban en mi entendimiento. El hielo de los campos y la austeridad hurafía de mi espíritu, no eran mas que disfraces pasajeros: la simiente se multiplicaba bajo de la tierra, y las doradas ilusiones sacudían sus alas entumecidas en mi alma, como salen del tamarindo hospedador las aves que pasaron la noche entre sus ramas!

El frío nos obligaba á buscar la atmósfera caliente de las habitaciones y á galopar por las mañanas en el valle. La noche nos veía reunidos en la capilla, angosta y larga, á través de cuya ventana se miraba el cintilante resplandor de las estrellas que ardían sin producir calor, como aguzadas puntas de diamante. A veces las estrellas se apagaban:—¡diríase que la sombra de Dios pasaba por el cielo!

La capilla estaba comunmente casi á oscuras. Una lámpara de aceite ardía nada más junto á la imágen de la Virgen. Era el alma de fuego que oraba por los espíritus de hielo. En la sombra se perfilaban los confesionarios con la reja abierta para recibir á los pecadores. En un lienzo de la pared se destacaba el cuadro de la Virgen de la Luz. Al concluir la oración, las jóvenes se ponían de puntillas para tocar sus plantas con los labios.

Ningún recuerdo, sin embargo, vive con tanta vida en mi memoria, como el de ese claro y sereno día de la *Purísima*. En la noche anterior, se había ocupado la familia en disponer el santo altar. Yo había ayudado á colocar los cirios y á poner las flores de papel en los jarrones de yeso. En el jardín no había mas que una sola flor —y esa no la hallé en mis pesquisas.—Solo una mujer puede encontrar las flores dentro de la nieve!

¡Ay! aquella sencilla ocupación regocijaba mi ánimo. Me parecía que me iba aproximando á los días apacibles de mi infancia, esto es, que iba llegando al cielo. Respiré con delicia el místico olor del incienso—ese divino olor de castidad!—En la mesa tallada de la sacristía brillaba limpio y lustroso, el copón de oro. Al acostarme aquella noche, pensé oír ese vago rumor de alas que arrulló mi sueño la víspera de mi primera comunión!

En la tarde del siguiente día se verificó la procesión en el cercano pueblo. Yo jamás había visto procesiones. Vine al mundo cuando los cirios que un poeta vió en manos de los monjes en el coro —y que simbolizaban la fe—estaban casi todos apagados. Ver una procesión me alborotaba, pues, como la gran contemplación del Océano.

Las leyes de Reforma tenían ya tantos años como yo; pero en los pueblos nadie sabe leyes. El alcalde, representante del Estado en esa pobre aldea, era tal vez el único que conocía las cortapisas impuestas á los cultos religiosos. Por eso, bastón en mano, salía de su palacio—un caserón con dos corrales llenos de gallinas—y, al hallarme, con cierta rigidez homérica me preguntaba:—¿Por dónde viene la procesión?—Yo le indicaba el rumbo que había tomado al salir de la parroquia. Entonces él, torciendo por la calle opuesta, me decía:—Voy por aquí. Yo no quiero saber que hay procesión. No puedo permitir esta infracción escandalosa de las leyes!

Reventaban los petardos y los cohetes subían culebreando por la atmósfera. Todos los balcones y ventanas se veían llenos de mujeres y de niños. Las sobrecamas y las carpetas de las mesas servían, por aquella vez, de colgaduras. En la parroquia repicaban las campanas.

Por fin, la procesión desembocó. Ya olía el aire á incienso. Por delante marchaban los niños de coro, con sobrepellices lavados y zapatos nuevos. Luego, de dos en dos marchaban los devotos, cirios en mano. Aquellas buenas gentes formaban como la guardia de honor de la Virgen, que iba en andas. Atrás, entre una doble hilera de gente arródlada, bajo el pobre palio, iba el guardián con su ornamento azul, enorme lujo de los días solemnes, llevando entre sus manos las custodia santa!

Al desfilarse la procesión reventaban con multiplicada fuerza los petardos, la campanilla dejaba oír su timbre de oro, y una lluvia de flores silvestres descendía de los balcones.—¡Oh santa sencillez! ¡Oh santo amor!

¿Por qué arrancar á los humildes y á los pobres el pan que los nutre y el bastón que los sostiene, la esperanza? ¿Quién dará entonces fuerza á esos cuerpos miserables que se encorvan sobre el

terruño? ¿Qué premio esperarán esos desheredados de la tierra, que llegaron tarde á la cabecera del padre moribundo, y no obtuvieron de su herencia más que los dolores? No les quiteis, por Dios, la mano que los levanta en sus caídas, el soplo que vivifica sus espíritus, el ala que puede levantarlos hasta el cielo. ¡Son tan pobres!

—¿Crees en Dios? —preguntaba á un marino un gran poeta.

—¿A quién, si no, oraría cuando la tempestad hincha los mares y relampaguea en el cielo?

La fe es la mano que está tendida siempre, el bolsillo que nunca se vacía, el corazón que eternamente late. ¡Cuántos odios agitarían sus cuerpos de culebra en el obscuro fondo de esas almas tan mal queridas por la tierra, si la Virgen no sonriera en el altar, y si Cristo no abriese sus exangües brazos en la cruz! ¡La Virgen es la madre de todos los huérfanos!

La fiesta terminaba ya en el pueblo. Los fuegos de artificio abrían sus flores rojas en el obscuro lienzo de la noche. Las estrellas cintilaban en el cielo, tan frías y tan brillantes como en la noche de Navidad. Nosotros regresábamos contentos en el *break*, abriendo nuestros oídos á los rumores majestuosos de la noche, y nuestros corazones á las voces del cielo. Ya distinguíamos los fuegos y las luces de la hacienda, la última rueda de cohetes se había apagado ya en la obscuridad. Los luceros brillaban siempre en el espacio!